

Las voces

David Huerta

Voces, voces, entonces: guijarros hechos de timbre y altura, arena dispersa y luego concentrada en armónicos y escalas, en tono y síncopa, en escalas y arpeggios, todo eso extrañamente sostenido por una especie de silbido primitivo. Voces distantes, probablemente de otros lugares donde se hablan idiomas diferentes del mío, pero voces maravillosamente puestas a mi alcance por un Mercurio atravesado por resonancias de esperanto y traductor simultáneo de organismos internacionales, un dios con alas en los pies que debe disimular quién es o lo que es para entrar en los cónclaves de los consejos de seguridad y las comisiones de comercio y legislaciones varias que se deciden en altas esferas, tan altas como el piso 38 al lado del río Hudson.

Comoquiera, las voces me llegaban perfectamente inteligibles y yo podía descifrarlas y asimilarlas en su sentido y forma sin grandes dificultades. No está lejos el momento en que registre aquí lo que esas voces decían, clamaban, hacían sonar en mi piel y en mis terminaciones nerviosas, adiestradas en ásperas griterías a lo largo de manifestaciones de protesta política, afinadas en la escucha de balbuceos estudiantiles y afirmaciones doctorales de profesores de andar pesado e hipnóticamente viscoso, perfeccionadas en el rigor fluido de la música y su sabio silencio articulado en el torrente aural que ha dado tantas versiones de consuelo a tantos oídos fatigados o llenos de bruma, de agobio, de nuberíos ominosos.

Las voces me llenaron y luego se fueron, dejándome vacío, dueño apenas de mis pasos por el andén de la Estación Panteones; pero no se crea que porque esto fue así como lo cuento sufrí un desmayo o me hundí en la pesadumbre de una tristeza neoclásica y poco convincente; no, no, no: cuando las voces me dejaron y se fueron a su venero de misterio y difíciles uniones de mundo y seres, sentí el gozo de una alegría incandescente, tan encendida que si hubiera durado solamente una fracción más de segundo, ahora estaría yo hecho, como dijo el Maestro, *ceniza breve*, un montoncito de recuerdos materiales que están a punto de entrar en la inexistencia, para derramarse de inmediato en dosis homeopáticas dentro del curso del agua universal, para nunca ser recordados, jamás invocados, desaparecidos para siempre. Y decir “siempre” me sobresalta, me exalta con humores sublimes, como si me hubiera caído en el pie izquierdo un pedazo de mármol del Partenón y en el pie derecho se hubiera posado un suspiro de Venus. —

Fragmento de El viento en el andén, libro en preparación.

DAVID HUERTA (Ciudad de México, 1949) es poeta y ensayista. Su libro más reciente es *El ovillo y la brisa* (Era, 2018).